

Carlos Fuentes y la cuestión social

Utopía e infierno

Rolando Cordera Campos

A cinco años de su fallecimiento, Carlos Fuentes recibió un homenaje en las salas de El Colegio Nacional. En esa oportunidad, Rolando Cordera Campos, Profesor Emérito de la Facultad de Economía de la UNAM y coordinador del libro Más allá de la crisis, analiza el tratamiento que de los conflictos sociales en el México del siglo xx hace Fuentes en su novela La región más transparente.

Para hablar de Carlos Fuentes es obligado trazar una línea que evite, en lo posible, que la cantidad e inmensidad de sus letras nos abrume. Que su proverbial poligrafía nos encante una vez más. En esta ocasión se me ha pedido referirme a la ensayística de Carlos dirigida expresamente a lo social o, como insistimos en llamarla todavía algunos, a la cuestión social.

Esta es una tarea que me sobrepasa. Porque no sólo en el ensayo escrito o verbalizado en la televisión, la radio, el video, sino en el conjunto de sus intervenciones públicas, Carlos fue un personaje comprometido con lo que su sensibilidad, estudio y observación participante le transmitía de un país cruzado por la desigualdad y rodeado por una frontera de cristal siempre al borde del estallido.

Pienso que una manera menos escabrosa de acercarme al Fuentes ensayista social es pagándole una visita más a *La región más transparente*, cuya lectura abrió para mí, como creo fue el caso de muchos más de mi generación, una ventana para ver lo que la niebla de la retórica oficial de entonces se dedicaba a tratar de opacar. *Novela fresco*,

narración mural, desde su aparición ha sido sujeta, nos dice Javier Garciadiego, a “varias interpretaciones disím-bolas [...] que desde sus respectivas visiones ponen a la Ciudad de México como punto nodal del país, como su centro geográfico, político, histórico y cultural”.¹

En *La región*, lo recordará más de uno de los aquí presentes, la ciudad es también el centro de un mito que se reproduce en medio y de cara a una modernización que no ocultaba su epidermis trasplantada, imitativa, incapaz por sí misma de dar lugar a otra mitología que no fuera la de la vieja Teódula Moctezuma o su fiel mensajero, el inextricable e inolvidable Ixca Cienfuegos.

La pluma de nuestro héroe crea y recrea personajes que, ubicados en los años de irrupción de un desarrollismo un tanto rupestre, en particular los cincuenta, dan cuenta de —me atrevería a sugerir que encarnan— una sociedad que se miraba en su espejo enterrado y entre expectante y atónita repasaba su nuevo rostro, contor-

¹ Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes y Carlos Fuentes: una amistad literaria*, ITESM, Monterrey, 2014.

neado a su manera un tanto estridente a la vez que patética por el ascenso de las clases medias urbanas y sus ansias de consumo y posesión.

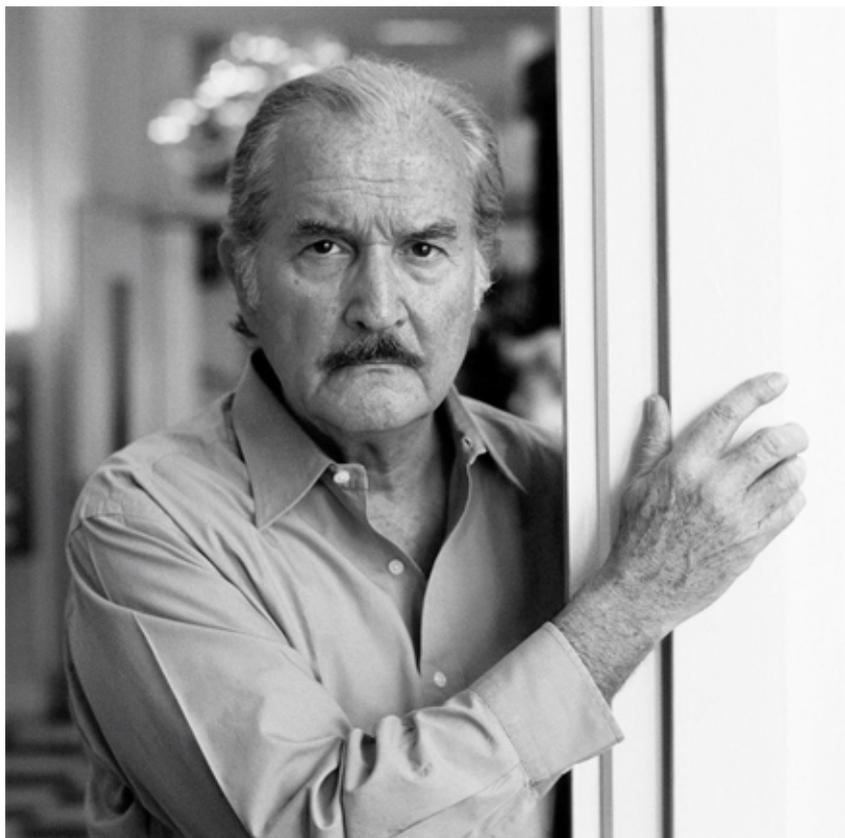
A la vez, Fuentes hace entrar en la escena la conciencia larga, la del “México profundo” que diría Guillermo Bonfil, ahora asentado en la urbe pero ya abierto al mundo por el migrante, para desde ahí y desde esos nuevos perfiles de la sociedad ofrecernos el torbellino de la concentración inicua de la riqueza, el peso impávido de la corrupción como veta indispensable para darle sentido y duración al desarrollismo capitalista. Ello no le impide preguntarse por las capacidades que tal formación política y social tendría para articular las primeras expresiones de una conciencia cívica que, si bien incipiente, reclamaba derechos ciudadanos, rechazaba al autoritarismo, despreciaba corruptos y trepadores.

La disposición de los grupos dominantes a dar voz y prestar oídos al reclamo inmediato o histórico de la base de la sociedad que también mutaba se desvanece en el jolgorio de las tribus festivas o la crudeza de los oligarcas recién llegados gracias a “la bola”. O, bien, de los que arrimados a los nuevos mandos pugnaban por mantener riqueza, privilegio y oportunidad, mal obtenida pero mantenida por la cercanía al nuevo poder que, a su vez, buscaba adecentarse por el contacto directo, carnal, con la fortuna anciana.

El aislamiento de las cúpulas que emanan de una revolución que todavía exigía ser escrita con mayúsculas fue preocupación permanente de Fuentes, quien denuncia e ilustra la pérdida de rumbo de la Revolución mexicana. Sometida al desenfreno corruptor y víctima de una suerte de travestismo de las elites políticas que de caudillos revolucionarios devienen banqueros y especuladores, burócratas de altos mandos, quienes deben en buena medida su poder al uso discrecional de la información; la revolución no es más la Revolución (para recordar a Luis Cabrera).

La región catapultó a su autor a las alturas de la polémica, manchada por la mala fe de los sospechosos usuales del momento pero, sobre todo, le otorga un reconocimiento creciente sostenido por una juventud que empezaba a reconocer la ciudad como meta y condena. Ahí se afirman la industrialización y la complejidad urbana como los emblemas más conspicuos, agresivos en más de un sentido, de la modernidad mexicana, de la nueva grandeza mexicana de la que nos hablara Novo y que Monsiváis llevara al paradigma de una modernidad cruzada por la desigualdad y la vocación destructiva, demoledora, de las elites del poder y la riqueza precisamente del entorno que resumía los mayores y más indiscutibles de sus éxitos para limpiar, blanquear la revolución.

Es en esos tiempos mexicanos, para traer a cuento su volumen de ensayos políticos e históricos más visitado, cuando el posteriormente bautizado como “desarrollo



Carlos Fuentes

estabilizador” confirma y reafirma el ascenso y dominio, todavía gozando de una hegemonía en gran medida heredada, de las nuevas elites políticas rodeadas de unas clases medias también transmutadas y dispuestas a la mistificación del verbo y la mitificación misma del poder constituido sin democracia. El aislamiento progresivo del poder posrevolucionario y la fehaciente falta de democracia, aparte de la desigualdad modernizada por la industrialización y la explosión y concentración urbanas, llevan sin remedio al sostenido anquilosamiento del discurso *nacional-revolucionario*.

De esta osificación retórica dará cuenta magistral Fuentes en *La muerte de Artemio Cruz*, así como en sus combativos escritos políticos de los años sesenta en *El Espectador* y la revista *Política*. En ellas denuncia indignado el crimen de Rubén Jaramillo o las represiones en Puebla y desde luego el encarcelamiento arbitrario e injusto de Demetrio Vallejo, Valentín Campa y sus compañeros ferrocarrileros y, posteriormente, del pintor David Alfaro Siqueiros.

Son también esos los años de “la ruptura” en la pintura; del nuevo cine y la reseña; de José Luis Cuevas y desde luego de Tamayo, Felguérez y tantos más. Es en ese periodo que se acumulan la energía y la gana intelectual fruto del cambio social asociado al desarrollo, condensadas en las proezas intelectuales y literarias de Fuentes y la confirmación de Octavio Paz como referencia obligada de una crítica aguda y renovada; renovadora. Es ahí cuando desde el arte y la cultura se perfilan novedosas formas del oficio y las costumbres “indisciplinadas”



frente al poder y empieza a forjarse el reclamo democrático y libertario, airado y juvenil, ingenuo y poderosamente genuino, que haría explosión en el 68.

La región de Fuentes es en realidad un continente de creatividad y agudeza crítica que no puede sino arrancar de la constatación del avance salvaje de la “modernidad”, de la modernidad salvaje o bárbara para recordar a otro grande de la época como fue José Revueltas. Una modernidad vista como modernización, vista como americanización, es vivida por las clases que arriban a la riqueza vía el abuso del poder como mera y grosera imitación, donde los nuevos ricos enmascaran o de plano niegan su procedencia. Con todo, no hay ya mucho espacio para los “días enmascarados” ni para las “buenas conciencias” con cuya recreación Carlos Fuentes impuso su presencia en el estrecho, un tanto vetusto, Olimpo mexicano.

Eso y más nos pinta y narra Fuentes en *La región*, y de una manera más políticamente decantada en *Artemio Cruz*. Así, se nos cuenta el paso del “caballo al automóvil” como metáfora de los cambios sociales; de una nueva realidad que emergía a tumbos, contradictoria, compleja y pretendidamente moderna a la vez que insalvablemente clasista aunque, nos recuerda, forjada a sangre y fuego. Ahí está el diálogo que en algún momento mantienen las figuras estelares del discurso literario de

aquel Fuentes, encarnados por Federico Robles e Ixca Cienfuegos, nada menos que en unas oficinas ubicadas entre Reforma y Juárez: “Mire para afuera. Allí quedan todavía millones de analfabetos, de indios descalzos, de harapientos muertos de hambre, de ejidatarios con una miserable parcela de tierras de temporal, sin maquinaria, sin refacciones, de desocupados que huyen a los Estados Unidos. Pero también hay millones que pudieron ir a las escuelas que nosotros, la Revolución, les construimos”.

Al ubicar esa conversación crucial y trágica en uno de los edificios más altos de la época y, para más señas, en el cruce de las avenidas simbólicas de y para la modernidad azteca, Fuentes ejercita su enorme capacidad de fisión histórica y sociológica. Una urbe que como sus clases y estamentos, capas geológicas de cemento y músculo, mudaba de piel. La revolución hecha régimen y el régimen vuelto molino diabólico de acumulación y explotación sin freno, empezaban a “reconocer” e interiorizar a otros sujetos, a otros “hombres de acción” y dar lugar a nuevas pulsiones.

Entre estos destacan los banqueros recién llegados de los campos de batalla y pronto devenidos jefes corporativos; especuladores y fraccionadores; negociantes con la compra y venta de protección y fama; inversionistas con cargo a los proyectos del Estado; financieros que en realidad blanquean riquezas mal habidas y ejercen la usura sin recato. Una ciudad moderna enmarcada por seres tradicionales, como llegó a decir el otro Carlos, Monsiváis, el cronista sin reposo.²

La región avanza y retrocede; un arco que cubre cincuenta años. Con soltura Fuentes se mueve; regresa al inicio del siglo xx y avanza hasta mediados de la década del cincuenta; se enfoca en la realidad social durante el alemanismo, primer gobierno civil tras la Revolución, nos ofrece una topología de afilados contrastes entre modernidad y tradición representada por los personajes de Robles y Cienfuegos.

“El México de nuestra juventud”, dice Fuentes en *Tiempo mexicano*,

podía reducirse al diagrama de una nación en desarrollo, donde la revolución de 1910-1920 por primera vez en América Latina destruyó el poder feudal de la Iglesia y los terratenientes y creó las condiciones para la creación y circulación de una riqueza dirigida y apropiada por la burguesía nacional que salió de las lomas de Tingambato y desembocó en las Lomas de Chapultepec. Pero yo sospechaba que esta clara comprensión era engañosa si se deja de observar que en México nada funciona como funciona sin la fachada del mito.

² Carlos Monsiváis, “Dueños de la noche porque en ella recordamos” en Georgina García Gutiérrez, *Carlos Fuentes desde la crítica*, Taurus, México, 2001.

Se había logrado un equilibrio ecléctico; Moctezuma ya no es un autócrata divino: es el señor Presidente que se sienta en el trono de oro de los aztecas sólo por seis años y sólo es respetado si gobierna con toda la malicia y energía del conquistador y, también, con los ropajes físicos del Emperador: los mexicanos sólo respetan al gobernante disfrazado.

La mirada de Carlos define la ciudad como escenario, como personaje, como laboratorio social; lugar común, espacio compartido. Todavía lo era: el ruletero o el pensador; el arribista o el vengador; los frívolos párvulos, todos y más aparecen juntos haciendo un coro multicolor, siempre colorido, no pocas veces lúgubre. Primer gran retrato de la modernidad urbana, a decir de Monsiváis. Una región que no por transparente era legible. La urbe como un personaje más del sueño desarrollista, como utopía o, quizá, como infierno imaginado; miles de rostros que, como máscaras, se bifurcan y se pierden en el espacio urbano.

Usos del poder y del discurso: “nosotros somos la Revolución” dice y se dice Federico Robles, empresario que lo es gracias a su participación, casi incidental, en “la bola” y a que estudió leyes, tiempo en que conoce a los nuevos personajes “importantes”; por ahí desfilan los abogados y líderes sindicales, los consejeros financieros. También, faltaba más, los aristócratas de un “ayer pulquero” que el remolino había *alevantado* como pervivencia del viejo régimen y cuyos herederos no dejan de añorar los corredores del poder y los pasillos de Palacio: Norma la trágica; Pimpinela de Ovando y Rodrigo Pola: “dame lana y te doy fama”.

Fuentes expone y dramatiza, hace sátira del vuelco del discurso revolucionario; las “traiciones” de quienes dejaron las armas y pasaron a medrar con los beneficios del monopolio del poder. Síntesis y cuestionamientos, realidades traducidas a palabras, palabras que descubren nuevas paradojas y enigmáticas perplejidades. El deslizamiento de la Revolución que olvida sus divisas y promesas de un orden más justo, es también el de los caracteres sumidos en una nueva estructura social que les impide entender por qué y cómo su destino se torna muro contra toda pretensión de autenticidad. Es el triunfo y la celebración desembozada de las traiciones.

Los equilibrios del autoritarismo posrevolucionario empiezan a revelarse inestables y, por lo mismo, progresivamente costosos. Pero los grupos dirigentes del Estado, de la mano con las elites económicas, se empeñan en prolongar estilos de gobernar, formas de modular y administrar una “modernidad” que sólo satisface a las elites y con el tiempo erige nuevos bloqueos para un desarrollo más justo y por ello más creíble como empresa o proyecto nacional.

“Nuestro drama”, apunta Carlos Fuentes en su *Tiempo mexicano*, “es que hemos accedido a la sociedad ur-

bana e industrial sólo para preguntarnos si el esfuerzo valió la pena; si el modelo que venimos persiguiendo desde el siglo XIX es el que más nos conviene; si a lo largo del pasado siglo y medio no hemos seguido actuando como entes colonizados, copiando acríticamente [...], si no hemos sido capaces, en fin, de inventar nuestro propio modelo de desarrollo”.

La región más transparente como punto de partida de la novela urbana, obra que se alza como mosaico de voces, clases sociales y escenarios ciudadanos; especie de gran *summa* de ideas sobre la Revolución mexicana como proceso traicionado, usurpado por unos pocos en detrimento de muchos. La contienda revolucionaria no sólo traiciona su inspiración y razones sino que reproduce causas por las que había luchado: ni mejoramiento social ni participación política, nos dice.

“¿Cómo hacerme partícipe”, se preguntaba el escritor en *Tiempo mexicano*, “de las grandes mentiras y de las grandes verdades de este país y, al mismo tiempo mantener la distancia exigida por el puro instinto de conservación?”. Y encontró que podía hacerlo compartiendo su mirada a través de la palabra, su voz.

Fuentes es, sin militar filosóficamente, parte esencial de aquella idea, ocupación, preocupación y obsesión (una de las características del medio intelectual de la época) por el ser, la identidad del mexicano. Ahí están esas brillantes reflexiones y discusiones laberínticas, para recordar el título del clásico y magnífico ensayo de Paz, con Jorge Portilla, Emilio Uranga, Luis Villoro, Leopoldo Zea. Siempre recordando a Ramos y su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*.

Son años de encrucijadas morales y mentales múltiples, que llevan a pensar en la “crisis de México” a Cosío Villegas o en la muerte de la Revolución a don Jesús Silva Herzog. Son, sin duda, tiempos de búsqueda. Del “brillo” del cardenismo a la “coagulación” del discurso de la revolución; de los varios despegues —urbano, industrial, cultural, intelectual—, donde abreva el Fuentes culto y cosmopolita; el agudo polemista de *El Espectador*; el ensayista capaz de mezclar una literatura urbana viva con la revelación de vetas identitarias arcanas y enigmáticas. El que da cuenta de las contradicciones y transformaciones del México que volvió a retar y sobreponerse a la adversidad de la historia y la geopolítica.

Y ahí, siempre, la ciudad como un gran espacio donde se compran y venden mercancías y productos pero donde también aparecen el tráfico y el intercambio de influencias y relaciones translúcidas que como hidra de mil cabezas “escupe” la marca histórica de México que el sabio barón alemán, Alexander von Humboldt, nos había otorgado desde el siglo XVIII: Nueva España, el reino de la desigualdad cuyos núcleos centrales la Revolución removió y luego reprodujo.



Con claridad, nuestro inolvidable amigo postula en su *Tiempo*: “Lo que entonces enunciamos, en referencia a la época, sigue siendo válido: México debe completar, a partir de la actualidad, la etapa revolucionaria incumplida; México no puede aplazar más, sino tratar de resolver democráticamente los problemas populares de hoy. Sólo la conjunción de la democracia política y de la justicia económica pueden lograr una mejor distribución del ingreso nacional”.

Carlos Fuentes tuvo la visión y la capacidad, el genio y el ingenio, de “sacar su pluma a la calle”. En sus ensayos hay una alucinante mezcla de personajes que como enorme licuadora su escritura nos obliga a confrontar para identificar las distorsiones y contorsiones en que devino la revolución hecha poder. Novela polifónica, denuncia de injusticias, corrupciones, traiciones.

Al elegir la frase de Alfonso Reyes para dar título a su novela —dice Vicente Quirarte—,³

Fuentes está trazando la tesis que habrá de sostener su propuesta ideológica y narrativa. La ciudad de México se

³ Vicente Quirarte, “El nacimiento de Carlos Fuentes” en Carlos Fuentes, *La región más transparente*, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, 2008; <http://www.rae.es/obras-academicas/ediciones-conmemorativas/la-region-mas-transparente#sthash.YCfScyZC.dpuf>

levantó en una zona fatal en su suelo pero gloriosa en su clima, en su cielo. “México en una laguna” es el título de uno de sus capítulos. Tierra enfangada, vacilante, veleidosa. Transparencia del aire que no garantiza la transparencia de sus pobladores, amantes del disfraz, urgidos por hacer de los suyos *días enmascarados*, por aparentar, por buscarse sin encontrarse.

“En México no hay tragedia, todo se vuelve afrenta”, hace decir Fuentes a uno de sus personajes. Quizá todavía seguimos sin saber hacer frente a la afrenta; sin poder leer a cabalidad el impetuoso tránsito de nuestra economía política que Fuentes nos invitara a ver a través de aquellos personajes caricaturizables, como lo son hoy muchos de los figurines de las elites del poder y la riqueza. Menos hemos hecho por darle un sentido incluyente a la “modernidad” mexicana y todavía no nos atrevemos a reconocernos en el espejo de la desigualdad.

“Dentro de diez años este será un país dominado por los plutócratas”, dice Ixca. “Y los intelectuales”, prosigue, “que podrían representar un contrapunto moral a esa fuerza que nos avasalla, pues ya ves, más muertos de miedo que una virgen raptada”.

Ironías de la historia: a 58 años de que la mirada crítica de Carlos Fuentes encontrara albergue en *La región más transparente* y a treinta de nuestro más reciente ingreso a la globalización hoy fracturada y en crisis, seguimos confundiendo el ser modernos con “americanizarnos”; sin saber, como decía Alfonso Reyes, ser provechosamente nacionales para ser generosamente universales.

“Resignarse ante todo o conformarse con poco: ¿serán estos los signos del tiempo de Nuestra Señora la Pepsicóatl?”, se preguntaba Carlos en su *Tiempo mexicano*, que es el nuestro. Y categórico afirmaba:

El desarrollo moderno de México se ha entendido como un hecho suficiente, bueno en sí, ajeno a todo calificativo cultural. Por eso, finalmente ha sido un fracaso. La cultura no es, como vulgarmente se le concibe en México al nivel televisivo, periodístico o familiar, un ejercicio minoritario al que se dedican unos cuantos intelectuales, inocuos o peligrosos, destinados a adornar las salas de conferencias del INBA o las celdas correccionales de Lecumberri; es un concepto global que subsume, que incluye y define el tipo de relaciones económicas, políticas, personales y espirituales de una sociedad.

“Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer [...]”. En la región más transparente del aire”, dice Ixca al fin de su viaje por el ombligo de México. Habrá que actualizarlo sin resignarnos nunca. Inspirados por el empuje y el entusiasmo creador del amigo e inolvidable configurador de parábolas y acertijos. **U**